Cruzó el umbral con los hombros encogidos. Como una mujer acostumbrada a batallar, sus ojos no pudieron evitar escanear las paredes. El hospital se caía a pedazos por las costuras: una mancha de humedad en el techo del vestíbulo dibujaba un mapa negro y mohoso que nadie se molestaba en limpiar, y una grieta profunda recorría el pasillo principal como una cicatriz mal curada.

Aquel lugar no olía a desinfectante, sino a encierro y a rancio.

Se acercó al mostrador de recepción. Tras el cristal, dos enfermeras compartían un silencio tenso que se rompió cuando Lucía pronunció el nombre y el apellido de Joel.